BRUJAS

ROGER VILAR

SEDIENTO
EDICIONES
Narrativas en español

Foto de autor: 2013, Roger Vilar©

Roger Vilar nació en Holguín, Cuba, en 1968. Es escritor y periodista. En su país natal publicó los libros *Corceles en la pradera* (1986) y *Aguas de la noche* (1988), ambos editados por el Ministerio de Cultura. Su obra está compilada en dos antologías de la editorial Letras Cubanas: *Los últimos serán los primeros* (1990) y *Anuario de narrativa* (1993). En 2004 fue incluido en la antología *Escritores hispanoamericanos en el mundo* (Bellvigraf, Argentina). Desde 1993 reside en México, donde publicó *La era del dragón* (Edamex, 1998). En 1994 cursó el diplomado de Creación literaria de la escuela de escritores de la SOGEM. Ha ejercido el periodismo por varios años. Trabajó para los periódicos *Reforma* y *Milenio*, entre otros medios. Actualmente es creativo y conductor en NRM Comunicaciones.

BRUJAS

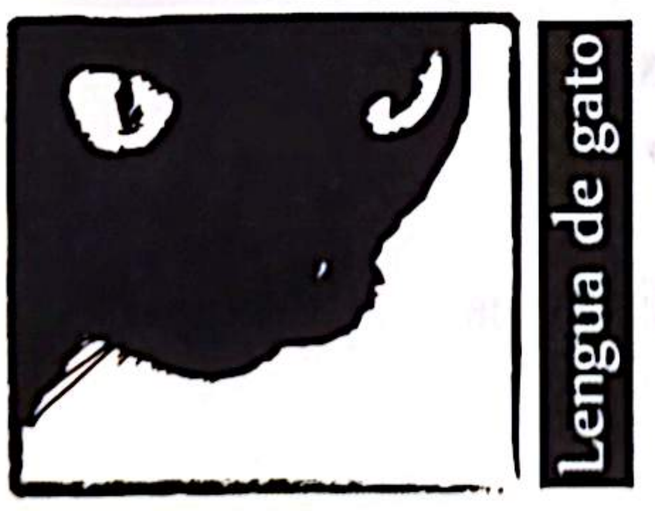
Roger Vilar

Narrativa en español

SEDIENTO
EDICIONES

BRUJAS

Roger Vilar



Narrativas en español

SEDIENTO
EDICIONES

Colección *Lengua de gato*

Imagen de portada: *Hexen.*
Autor: ©Norma Ascencio.
Técnica: acrílico y grafito sobre papel.
Medidas: 44 x 52 cm.
Año de realización: 2013.

Primera edición: septiembre de 2013

Concepto y diseño editorial: Manuel Pérez-Petit.
Formación editorial: Irma Martínez Hidalgo.
Lectura crítica: Andrés Rodríguez Granados, Eduardo Medina y Katia Muñiz.

DR©Roger Vilar, 2013
DR©Manuel José Pérez Petit, editor, 2013
SEDIENTO EDICIONES, 2013
Abedules, 168. La Perla,
Nezahualcóyotl.
C.P. 57820. Estado de México.
sedientoportatil@gmail.com
sediento.org
facebook.com/sedientoediciones
twitter.com/Sediento_ed

ISBN: 978-607-9201-75-3

Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido total o parcialmente por ningún medio o método sin autorización por escrito del editor.

Impreso y hecho en México

A Norma Ascencio:
la mirada hechizante

Índice

El Inquisidor 11

La cacería de almenara 35

El Inquisidor

I

Cerré la puerta de la iglesia. Atrás quedaron los ruidos de la calle, los motores de los coches, el pregón de los vendedores ambulantes, las mujeres con sus minifaldas, los deseos voluptuosos, las hembras que buscan el pecado con frenesí... en fin, ese pobre mundo en poder del amo de las tinieblas, el cual intenta apartarnos de la gloria de nuestro Señor Jesucristo. Pero yo, Fray Alonso de Zumárraga, me había hecho el propósito de resistir. Había planeado no apartarme de la fe ni un solo momento. Pensaba que tenía una misión. ¿Cuál era? No lo sabía a ciencia cierta, pero la idea se había apoderado de mí. Yo pensaba que estaba en esta parroquia, en este barrio, por alguna razón misteriosa. Es un viejo convento dominico donde los hermanos más viejos ya murieron y no hay nuevas vocaciones. Yo era

el único fraile que en los maitines desgranaba el rosario con la esperanza de que cada palabra me transportara de pronto al estado contemplativo. ¿Mi misión? Era una intuición, pero muy fuerte, fuertísima... ¿Mi misión? Esperaba que el Espíritu Santo me la revelara. Entretanto, día tras día, daba la misa de siete a unas ancianas con artritis y medio sordas que acudían al templo empujadas más por la costumbre que por la fe.

Se iban entre saludos y parloteos. Me quitaba la sotana. Me quedaba con los hábitos de la Orden de Predicadores, a la que pertenezco, y creía volar entre pliegues. Desde niño me llamó la atención este hábito, cuando veía a los padres dominicos oficiar. Me miré al espejo, quería ver santidad, pero sólo contemplé el rostro de alguien que trata de sembrar la Palabra de Dios en medio de la desolación. La sacristía estaba en silencio. Del techo, de bóveda de nervaduras, caía un polvo formado quizás tres, cuatro o cinco siglos atrás, cuando los primeros hermanos vinieron a América a luchar contra las idolatrías. Por una alta claraboya entraba el sol de la mañana y pegaba en el rostro de un Cristo novohispano con la espalda sangrante. Su cara expresaba un dolor infinito, dolor por el pecado de los seres humanos que vino a salvar. Me hincaba ante él y le pedía que mi vida fuera sólo para compartir esa angustia divina. Yo estaba solo, solo contra todo. No, solo no, tenía a Cristo, pero El no se me revelaba. ¿O la revelación consistía en aquellos extraños sueños que tenía yo? Apenas me dormía este mundo iluminado, lleno de máquinas, de ordenadores, se transformaba en un bosque en penumbras por el cual marchábamos unos cuantos hermanos de la Orden de Predicadores. Llevábamos agua y unas pocas provisiones. La noche caía, aullaban los lobos,

el fraile que encabezaba la comitiva, Álvaro de la Cruz, prendió una antorcha. Seguimos caminando, los árboles eran gigantescos y viejos, parecían gemir, hablar, contar traiciones y viejos amores. En aquellos senderos todavía moraba la melodía de la flauta del dios Pan, aquel ser en el que pujaba el caos de las fuerzas de la carne.

Fray Álvaro esgrimía la antorcha cada vez que se acercaban unas sombras amorfas, de las cuales sólo se distinguían unos grandes colmillos que querían rasgar nuestra carne. Algo maligno vibraba en el aire. Los siete hermanos nos apretamos unos contra los otros. En mis manos yo traía una cruz extraña, pues el palo vertical terminaba en una especie de lanza. En el centro estaba el crucificado. Más que instrumento de devoción aquello parecía un arma. O era un símbolo, un símbolo que unía la sumisión a Cristo con la guerra por Cristo. La sangre y la plegaria. Todo en un mismo metal.

Lo empuñé con fuerza. El camino se hacía cada vez más angosto. Estábamos en una zanja que avanzaba entre matorrales. Olía las hierbas, las flores dormidas. Se empezó a escuchar un canto lejano. Voces de mujeres, dulces, embriagantes como el vino. Fray Álvaro nos indicó que marcháramos despacio, haciendo el menor ruido posible. Apagó la antorcha. El viento silbaba con fuerza entre los árboles, la voz de las mujeres llegó con mayor claridad. Un débil resplandor estaba apareciendo. Brillaba cada vez más. Llegamos a los bordes de un claro en el bosque. Decenas de mujeres danzaban desnudas dentro de un círculo hecho con grandes piedras. En el centro de todo había una hoguera. Las piedras tenían, tallado, un ojo con seis pupilas. Quedamos anonadados. Eran brujas entregadas a la adoración de Satanás. Debíamos salir de nuestro escon-

dite, prenderlas, llevarlas a las mazmorras de la Inquisición, pero estábamos paralizados. Tan sólo observábamos la belleza de la danza y la armonía de los cantos. Hubiéramos podido estar así toda la eternidad.

Esas imágenes, u otras parecidas, eran las que noche tras noche soñaba. Despertaba cubierto de sudor. El corazón se me quería salir. El azote de la carne era impetuoso. Las mujeres me habían exaltado, y, en mi vigilia, quería tener junto a mí a aquellas hembras soñadas. Delicadas, suaves, como una mantequilla en la cual se puede hundir el cuchillo. Eran las tres, o las cuatro de la mañana. Me levantaba. Quería torturar mi cuerpo para que olvidara el placer. Me metía bajo la ducha fría, pero hasta los chorros helados me hacían arder. Corría, cantaba en el patio del convento, imploraba el auxilio divino. Pero venía la derrota, acababa masturbándome bajo frescos de santos pintados en el siglo XVI, donde San Antonio aparecía asediado por una multitud de demonios en el desierto. Me aborrecía a mí mismo. Ya eran las cinco de la madrugada. Todo melancólico me disponía a entonar los rezos de la hora prima, para que el amanecer me encontrase alabando al creador, pero, sobre todo, sobre todo… arrepintiéndome de mi lascivia. A las siete, con mi hábito, con mi sotana, daba la misa a unas pocas ancianas y a alguna que otra alma extraviada.

Así transcurrían mis jornadas desde que llegué a esta iglesia conventual en las calles del centro de la Ciudad de México. La agitación no me dejaba nunca. Constantemente combatía al pecado que había en mí, para que en mi carne débil pudiera relucir la gracia del crucificado. Me había propuesto aumentar la grey, salir a predicar el evangelio. Empecé por mi calle. Aquella vía, Correo Mayor,

estaba llena de comerciantes ambulantes. Intenté convencerlos de que visitarán la Iglesia. Me dijeron que sí, cuando tuvieran que bautizar a sus hijos, o darles la primera comunión. Sólo cumplían con los ritos, el amor de Dios no penetraba en sus corazones ni la fe los movía. Algunos me escuchaban, otros volvían la cabeza y continuaban voceando su mercancía. No importaba, yo no desfallecía. En cierta ocasión, en mi labor evangelizadora, caminé más de lo acostumbrado. Ya casi no había vendedores ambulantes. Me llamó la atención una tienda que se anunciaba como expendio de hierbas curativas y mágicas. "Mágicas", la palabra que prefieren los impíos para saltar con disimulo a la adoración del maligno. Entré. Había un poderoso olor a salvias, a ruda, a adelfas y achicorias. El mostrador era de madera, viejo, despintado. La pared estaba llena de pequeños estantes con la mercancía. También vi tierras y piedras, si, piedras, curativas. Revueltos entre frascos antiguos de porcelana, de esos que usaban en las boticas y farmacias, detecté una serie de libros de brujería. Estaba el "Grimorio de San Cipriano", el "Libro de la Magia Sagrada", de Abramelin, el mago, "La gallina negra", "La clave mayor", de Salomón, o atribuida a Salomón, pues no puede ser que este santo monarca se haya dedicado a tales artes.

Encuadernados en piel, con títulos en letras góticas, también vi el "Grimorio secreto de Turiel", y uno, uno muy raro, el "Galdrabok", grimorio islandés, compendio del siglo XVI. Es un volumen raro, con los signos que los hechiceros nórdicos usaban para invocar las fuerzas oscuras, a la Gran Serpiente Migdar, madre de todas las brujerías y sin cuyo permiso no se puede operar asertivamente en el mundo de los espíritus.

Un gato negro, sedoso, estaba acurrucado en lo alto de un estante. Al fondo había una gran colección de jaulas con pájaros adentro, cuervos, mirlos, halcones, una lechuza. Todo estaba a la venta. Pero no había quien vendiera. "Hola", llamé. "¡Hola! ¿Quién vende?" Hubo un gran silencio. Una araña salió de atrás de los frascos y caminó hasta el techo de alfarjes. Oí unos leves chillidos, como de ratas. Provenían del fondo. Crucé entre las jaulas. Había una puerta que daba a un largo corredor con columnas y un patio. Las plantas trepadoras inundaban el aire con sus vahos vegetales. Se enredaban en los fustes, subían hasta los capiteles. Había una poltrona de mimbre, y en ella una mujer, joven, vestida de blanco. El sol, metiéndose desde el patio, iluminó su rostro. Este era leve, era etéreo, como si realmente no estuviera frente a mí, sino que fluyera desde otro tiempo y de vez en cuando la transmisión sufriera interferencias. "Siéntese", y me invitó a otra poltrona. No supe que hacer, de pronto me dio miedo ser descortés y la obedecí. Yo andaba predicando el evangelio. ¿Cómo introducir el tema? Ella me miraba con ojos atentos. "¿Qué quiere de la tienda? Veo que no ha dormido bien. La valeriana es buena para los males del sueño. ¿Tiene pesadillas?, ¿Está atormentado?" Tanta exactitud me perturbó, pero aún así le dije. "Soy Alonso de Zumárraga, sacerdote, y vine a invitarla a mi iglesia, a que vaya a misa". "Gracias, padre, pero no puedo. Soy pagana, adoro las fuerzas de la naturaleza, al Gran Pan. Usted, padre, debiera atender más a su naturaleza. Ah, y me llamo Elenor". Me extendió su mano, era delicada, me figuré que unos minutos antes ella había estado tejiendo con hebras de oro. Por unos segundos permanecí hechizado. Imaginé que aquellos dedos tocaban mi cara. Entonces me levanté. "Me voy, me voy,

pronto será la misa de 5 de la tarde". "Lo acompaño", me dijo. Pasamos otra vez por aquel almacén de olores, de ruidos de pájaros, suerte también de biblioteca mágica en la que los libros enseñaban como invocar potencias de otros mundos. "Puede venir cuando quiera, Alonso. ¿Puedo tutearte?" "Si, claro". "Pues ven cuando quieras, Alonso, te estaré esperando". Había perfume en su aliento, aquel cuerpo exhalaba la finura de las almas excelsas. Salí y la puerta se cerró tras de mí. Eran apenas las cuatro y media de la tarde, ¿por qué cerraba su negocio tan temprano? Me quedé observando la fachada. Era una ruina total. Parecía una casa del siglo XVI, de las primeras que construyeron los conquistadores españoles. Tenía dos pisos, rematados por una torre de vigilancia. En los cristales de las ventanas se acumulaba el polvo y las telarañas. Me dio la impresión que estaba deshabitada, pero no, no, por lo menos allí vivía aquella mujer, Elenor.

Conocer a Elenor implicó cambios en mí. Su imagen no se apartaba de mi mente. Ella era como una emanación de la propia naturaleza, en cualquier momento su piel podría estar hecha de hojas y sus pies hundirse en la tierra como si fueran raíces. Y la fragancia, la fragancia de su piel no se me olvidaba, era un aroma que hacía que uno cerrara los ojos y pensara en bosques sin fin, que ascienden montañas y se pierden en el horizonte entre brumas y relámpagos. Elenor era algo así como la maravilla de la tierra.

Varias veces estuve tentado de volver a su tienda, de verla, de hablar con ella. Pero me resistí, sabía que podría caer fácilmente en sus garras, pues como toda hembra ella tejía trampas a los varones. Y un varón que, como yo, buscaba la santidad, tenía que evitar las ocasiones de caer.

Sin embargo, a pesar de todos mis cuidados, el maligno me seguía azotando. Ahora mis sueños eran más vívidos. Aquellas escenas en las que caminaba por un bosque con otros hermanos surgían con singular fuerza. Una y otra vez llegábamos al claro donde el grupo de mujeres danzaban y cantaban. Fray Álvaro ordenaba acuchillarlas. Nos lanzamos entre los círculos de piedra a perseguirlas, tuve a la reina de todas frente a mí. Descubrí que su rostro era el de Elenor. Levanté mi cruz afilada para matarla, pero no pude. La dulzura de su cara me invadió. Los otros frailes acuchillaban mujeres. Pronto el suelo estuvo anegado en sangre. Pero la reina se alzó en el aire. Su cabellera se agitó, parecía la melena de un león. Danzaba sobre las copas de los árboles. Convocó con una mano a las nubes. Lluvia y granizo cayeron sobre nosotros. Corrimos por el bosque. Fray Álvaro nos indicó una cueva. Entramos. "Desdichado", me dijo, "¿Cómo dejaste escapar a la bruja principal?" "No pude, no pude matarla", le contesté. Fray Álvaro, furioso, se irguió y me dijo "¡Te condeno a perseguirla en ríos y pantanos, en selvas y desiertos, en el tiempo y en la eternidad. Tu alma no descansará hasta que la mates". Relampagueó fuera de la cueva. El sonido de la lluvia y los granizos me dejaban casi sordo. Los hermanos se fueron por un pasadizo. Me dejaron solo. Solo estaré siempre. Con mi condena a cuestas. ¿Dónde estará la bruja? Salí al aguacero en medio del bosque. Torrentes de agua rodaban de mi cabeza a mis pies.

En el cielo seguía la reina de las hechiceras, desnuda, revolviéndose a diestra y siniestra, lanzando lluvia y granizos. La contemplaba extasiado. Era lo más bello que había visto en mi vida. Quería alcanzarla, pero desperté sudoroso en mi cama. Era de madrugada. Un gigantesco

aguacero caía sobre la Ciudad de México. El agua corría por las canales del techo y se iba a los aljibes profundos, entre los cimientos de esta vieja parroquia.

Salí a la calle, corrí hacia la casa de Elenor. Tenía que comprobar si ella era la bruja de mis sueños, aquella a la que me ordenaron matar. La lluvia sonaba sobre los viejos cristales. Un olor a viejo brotó de los muros. Olor a maderas carcomidas, a ropas almacenadas durante siglos en un baúl.

Llegué a la casa de Elenor. Toqué con fuerza varias veces. Nadie respondía. La lluvia seguía cayendo. Un grupo de hombres avanzaba por la calle. "Oiga, señor, nadie vive ahí. Esa casa está deshabitada desde hace muchos años. Nadie le va a abrir", me dijeron y se alejaron. Entonces yo miré bien la fachada, por si me había confundido. Pero sí, sí, era la misma casa. Toqué y toqué muchas veces. Seguía cerrada. Entonces una mano suave y fría se posó en mi hombro. Era Elenor. Estaba en la calle, vestida de blanco. Yo no supe si junto a mi tenía un cuerpo real o era simplemente una burbuja que formaba el agua. Una imagen con el ser muy lejos, lejos, en un pasado remoto. Su voz me pareció un eco. "¿Qué buscas, Alonso?" "A ti, quería verte la cara, comprobar algo". "Pasa". Sacó una llave vieja, grande, herrumbrosa, y abrió la puerta. Pasamos a un salón iluminado por velas, lleno de muebles antiguos. Me senté en un sillón cuyo espaldar era un gran cisne y los brazos estaban llenos de flores rosas talladas en la madera. Ella estaba frente a mí. Su ropa estaba seca. "¿No venías del agua?" "No". "¿Cómo?" "Te abrí desde adentro". La atmósfera era pesada, densos vapores de incienso y de alcanfor flotaban entre las cortinas escarlatas. Frente a mi estaba un gran óleo con la imagen de Baco,

sus pies eran de carnero, y en la frente tenía cuernos. ¿Deliraba aún? ¿El sueño había sido tan alucinatorio que aún me confundía? ¿Ella me había abierto la puerta? Me miraba con ojos acuosos. La bata blanca transparentaba sus senos redondos, perfectos, de pezones vigorosos. Sentí la necesidad de tocarlos y apoderarme de su tibieza. De pronto volví en mí. Era un fraile dominico y en la madrugada estaba visitando a una mujer casi desnuda. Debía irme. Me iba a levantar, pero su mano palpitante me detuvo. Me puse nervioso. "¿Y tu tienda de hierbas?" "Acabas de pasar por ella, es la primera recamara". "¿Cómo? No vi nada". "Sí, allí está", y señaló una puerta detrás de mi. ¿Acaso aquella casa se transmutaba según los deseos de Elenor? ¿Y a qué había venido? ¿Era este rostro el que vi en mis sueños? Sí, sí lo era. ¿Y qué debía hacer? "Me voy", dije. Me paré. Salí de la casa. Afuera amanecía. Debía irme a dar la misa. Eché una última mirada a la gran puerta. Tenía sellos de la Procuraduría donde se advertía que el lugar estaba clausurado y nadie podía entrar. ¿Tenían razón los hombres que me advirtieron que allí no vivía nadie? No quise pensar más y apreté el paso hacia la parroquia, en pocos minutos debía decir misa.

No tuve paz en todo el día. El misterio que rodeaba a Elenor me embargó, pero más preocupante era el deseo que sentí de tocarla, de hundirme en sus cabellos y aspirar aquel olor de tierra recién mojada. Intenté rezar. No me concentré. Una y otra vez vino su imagen, ora bajo la lluvia, ora en aquella sala de muebles antiguos y vapores densos. ¿Por qué se parecía tanto a la bruja de mis sueños? ¿Y ella, acaso no es también una bruja bajo el camuflaje de vendedora de hierbas? A la hora del crepúsculo me coloqué bajo las luces de los vitrales, junto al altar, y

pensando que estaba en lo alto del Monte Sinaí, entoné el Te Deum Laudamus. Te dominum confitemur, aeterna fac cum santis tuis in gloria numerari… Los últimos rayos se perdían, mientras yo glorificaba al Señor. Pronto estuve en tinieblas, a solas con aquellas imágenes que exhalaban su infinito olor a maderas viejas y a incienso de otros siglos. Era un vaho hipnotizante, poderoso. Recordé que el General de Los Dominicos me había dicho que en el sótano del presbiterio había otras imágenes, que si quería usarlas las tomara. Quizás encontraría algún ícono poderoso que me ayudaría a combatir la tentación. Armado de una vela bajé por aquellos escalones que nadie había pisado por muchos años. Vi, tenues en las paredes, las caras de los dioses aztecas, tallados en piedras que los conquistadores habían reutilizado. Tláloc, con su faz de rana, Quetzalcóatl, la serpiente con plumas. Deidades olvidadas, pero quizás ello no las hacía inactivas. Pronto llegué hasta las imágenes que decía el Padre General. Las revisé, no encontré nada extraordinario. Eran Cristos con las espaldas desangradas, o santos de la Orden de Predicadores, varias vírgenes de ojos lacrimosos. Polvo, mucho polvo, murciélagos revoloteando…

Encontré un viejo diván, me acomodé en él con la intención de seguir rezando, pero pronto me dormí. Volvieron mis pesadillas con mucha fuerza. Aquella bruja que tiene un rostro como el de Elenor estaba prisionera en una mazmorra de la Inquisición. Yo me acerqué a ella con el crucifijo que terminaba en una punta de lanza. La iba a matar para librar al mundo de sus hechizos. Pero ella empezó a musitar algo con sus labios carnosos. El aire pareció hacerse líquido, a distancia podía sentir el roce de aquella boca, el perfume de aquel aliento. Era una sensa-

ción enloquecedora. Uno sólo quería sumergirse en tanta maravilla. Olvidé lo que tenía que hacer, saqué las llaves y la liberé de sus grilletes. Entonces la bruja empezó a ascender, traspasó la bóveda de piedra como si fuese de mantequilla y se puso al lado de las estrellas, desde allí agitó su mano, y un rayo cayó sobre el potro de las torturas.

Desperté. Estaba en el diván. La vela estaba a punto de extinguirse. Sudaba. La atmósfera del sótano era bochornosa. Iba a irme cuando mi mano chocó con un objeto metálico. A primeras instancias me pareció un crucifijo normal, pero cuando acerqué la vela vi con claridad: era la misma arma que yo blandía en mi sueño. Me asusté. Miré a mí alrededor. Era la primera vez en mi vida que me ocurría algo que a todas luces parecía sobrenatural. El crucifijo con terminación en lanza había viajado desde el sueño o desde el pasado a aquel lugar. ¿Era un signo enviado por Dios o por el demonio? Por Dios, no creo que el demonio pueda manipular la imagen de Nuestro Señor sin perecer. Sin duda alguna yo debía usar el arma divina en este siglo. Intuía con quien debía usarlo: con Elenor. Sin embargo, no sentí alegría. Estaba triste. ¿Acaso cumplir con la voluntad del Altísimo no debía llenarme de gozo? No, no me llenaba. Pero haya sido como haya sido, fui subiendo con el arma en mis manos. Me dirigí a mi celda. Era la hora de los maitines y elevé mis plegarias al Señor para que fortaleciera mi mano. No me concentraba en mis oraciones. Mi mente se afanaba en desviarme de mi misión. Tal vez, me dije, el extraño crucifijo era común en tiempos antiguos y por eso también estaba en el sótano. ¿Pero por qué había soñado yo tantas veces con un objeto que no había visto nunca en mi vida? Era algo divino seguramente. ¿Me atrevería a traspasar a Elenor? ¿Y por qué debía traspasarla?

¿Y si todo era una alucinación, una psicosis mía? No, no mataría a Elenor. No lo haría aunque me lo ordenara el universo entero. ¿Aunque me lo ordenara Dios? No, no. Y pensé que desafiaba al Altísimo y quedaba fuera de su gracia. Sentí, o no sé si lo imaginé, ráfagas de viento en mi rostro. Un vendaval gris que me quería arrastrar a las más profundas simas infernales.

II

A partir del hallazgo del extraño crucifijo que termina en una punta de lanza no pude conciliar bien el sueño y la ansiedad me hacía temblar, me quitaba la respiración, las manos me sudaban y trataban de asirse a objetos inexistentes. Me introducía a mi celda en busca del sueño y sentía como si las paredes se me quisieran echar encima. Escapaba al patio del convento, allí me tendía bajo la frescura de los naranjos en busca de alivio, pero mis músculos estaban crispados y sentía dolores y calambres en todo el cuerpo. La piel y los ojos, de tanto insomnio, me ardían. Daba la misa con aquel terrible malestar, con la cabeza pesada, en la que revoloteaban multitud de mariposas de plomo.

Un día al bajar del púlpito me desmayé. Aquellas viejas enclenques me pararon y me echaron agua sobre el rostro. Pedí unas disculpas ininteligibles y me refugié en la sacristía. Decidí que tenía que ver a Elenor, y entre los dos dilucidar cual era el problema. Eso, por primera vez en varios días, me dio algo de tranquilidad y me quedé dormido. No desperté a la hora siguiente, ni al mediodía... Seguía durmiendo. A las cinco de la tarde abrí los ojos. Estaba repuesto, vigorizado, el estado de alteración

nerviosa había cedido. No veía sombras ni peligros a cada paso. Decidí buscar a Elenor. La tarde caía apacible. Caminé por las calles regocijándome con el sol. Pasé el mayorazgo de los Aispuro, luego el palacio de los condes de San Berenice y Calimaya, ahora en un estado de abandono deplorable. En sus muros hay varios signos alquímicos, no me explico como la Inquisición permitió tal desfachatez. No lo sé, no lo sé... pero las casas coloniales se seguían sucediendo, cada vez más ruinosas, sucias y pestilentes, pues en muchas vivían decenas de familias pobres. Esa extraña sensación del sudor y la podredumbre mezcladas con la opulencia del pasado. Y así llegué a un viejo café, frente al cual debía encontrarse la casa de Elenor. Pero no estaba, allí sólo había un solar yermo, donde algunas paredes se levantaban solitarias. ¿Cómo? ¿En tan pocos días se había caído aquella casa? ¿Y ahora cómo encontraba a Elenor? Le pregunté a los meseros del café qué había sucedido, pero ellos me dijeron que nada, que hacía muchos años aquel lugar estaba así. No recordaban ninguna casa ni ninguna tienda de hierbas medicinales. Les insistí varias veces. Yo estaba seguro de que la casa de Elenor estaba allí. Ellos siempre lo negaron. Me empezaba a invadir la angustia. Sentí que algo me faltaba dentro de las venas. Ya no estaba completo, no lo estaría mientras no viera a aquella mujer tan hermosa. Pero no la vería, no la vería, había desaparecido todo rastro de ella.

En el cielo se agolpaban unas negras nubes, cargadas de agua y granizo. Comenzó a relampaguear. Entonces los meseros, quizás por pura compasión, me dijeron que cerca de allí, a dos cuadras, habían visto una tienda de hierbas medicinales, pero ignoraban quien la atendía. Yo los dejé con la palabra en la boca y empecé a caminar

hacía donde me indicaron. El aguacero se desató. El aire parecía licuarse. El mundo era una vasta extensión neblinosa y gris donde el agua conversaba con voces antiguas. Mis hábitos de dominico estaban empapados, el viento los hacía aletear, y el granizo me pegaba en la cara. Miraba la fachada de las casas en busca de la tienda de hierbas. Entre las viejas piedras de tezontle creí ver rostros desdentados, pero tal vez era una ilusión provocada por los relieves que adornaban las fachadas barrocas. Llegué al lugar donde supuestamente debía estar la tienda de Elenor, pero era un burdel. Las prostitutas, bajo paraguas, enseñando sus carnes y su alma ponzoñosa, me hicieron señas inmorales. Ellas eran parte de aquella blandura, de aquella sensación líquida que se había apoderado del mundo. Sólo existían, bajo el agua, los instintos más primarios. Detrás de las gotas, bajo los paraguas negros, aquellas mujeres me enseñaban sus pechos de pezones gruesos. Y yo quise tocarlos. Los rocé con mis dedos. Entonces relampagueó. Un rayó cruzó el cielo. Salté hacia atrás. El demonio me había tenido en sus garras. Huí de aquel burdel.

La lluvia seguía azotándome. Yo había perdido el rumbo. Vagaba bajo el aguacero tiritando de frío. Nuevos truenos iluminaron la calle. Quería regresar a la iglesia, pero no encontraba el camino. Por fin caí junto a la fachada de una vieja casa. Bajo la presión de mi cuerpo la pared empezó a ceder. Me volví aterrado, pero no, no era la pared, era una puerta de madera apolillada. Se abrió totalmente. De adentro llegó un vaho de viejos arcones llenos de ropa antigua. Algún animal corrió a esconderse. Entré para refugiarme de la tremenda granizada. Prendí una pequeña linterna. Estaba en un gran salón con techo de vigas. De la oscuridad, como despertados de un largo sue-

ño, iban surgiendo los muebles. Había unos sillones estilo napoleónico. Los brazos tenían un color dorado desvaído, muy viejo, y los forros estaban decorados con parejas de amantes en un columpio. Pasé mis dedos. Estaban llenos de polvo. Allí hacía muchos años que nadie se sentaba. En la pared descubrí un gran lienzo con la figura de una mujer vestida de manera elegante, quizás con ropas del siglo XVIII o XIX. Tenía un collar de perlas y las telarañas y el polvo impedían ver su rostro.

Sonó un clavecín. Las notas se desgranaban desde algún piso superior. Era una ejecución virtuosa. La casa no estaba vacía. Se me ocurrió que debía huir. Di media vuelta, pero no vi puerta alguna. ¡Dios mío, qué trampa era aquella! El clavecín, como un río, lanzaba sus notas sobre las columnas, sobre las vigas, sobre los muebles, sobre los jarrones y las alfombras. Debía encontrar la salida, pero en toda la pared, que yo sentí muy larga, muy larga, no vi ninguna puerta. Intentaba rezar, pedir la ayuda divina, pero no lo lograba. Aquel era el palacio del mal. Deambulé y deambulé. El clavecín, interpretando a Bach, me perseguía. Quizás al cabo de media hora encontré una escalera. Mis manos se hundieron en el polvo de sus barandales. La cubría una alfombra vieja, hecha pedazos. Sobre los trozos de tela había esqueletos de ratas y murciélagos. Empecé a subir, se me ocurrió que en la parte superior podría haber una ventana por la cual descolgarme.

Llegué al final de la escalera. Me esperaba un raro espectáculo. Iluminado por una luz dorada se ofrecía ante mí un largo pasillo donde había varias puertas altas y cerradas. Al final la luz era más fuerte y se vislumbraba una figura inclinada sobre el clavecín. Pedí a Dios que me ayudara a huir. Pero yo había perdido el control de mis pasos.

Roger Vilar

Era una mujer, se aplicaba al teclado, y de él salía un clave bien temperado. Cada nota creaba un universo paralelo, un mundo mágico donde el espacio y el tiempo eran otros. Vi sus manos correr sobre el teclado. Cada movimiento era un conjuro, una ola en un lago o el vuelo de un búho… Toqué los hombros, suaves, con una tersura semejante a la de aquellas venus de Botticelli. Olía a hierba recién cortada. Hundí mis manos en sus cabellos. Ella se fue incorporando. Traía un vestido vaporoso, casi transparente. El clavecín ahora tocaba solo. Había iniciado un preludio barroco. Enfrente vi un espejo. En él se reflejaba la imagen de Elenor. Y sí, si era igual a aquella hechicera, hija del maligno, que se me aparecía en mis sueños. Debía matarla. La apreté contra mí y ella gimió. El clavecín seguía tocando solo. No sabía si lo que salía de la garganta de Elenor era música o leves quejidos. Eran sonoridades húmedas, tibias, y las aspiré con mi boca. Debía matarla, sí, debía. Y entonces cayó su vestido y vi ante mí sus senos esplendidos, de una blancura impoluta. Eran sólidos, medianos, parados, arrietes demoniacos que pretendían vencerme. Retrocedí. Pero el cuerpo de ella siguió adherido a mí. Mi espalda empujó una de las puertas. Caímos en una recamara vieja con cortinas carmesíes en las paredes. Una cama alta, con dosel, permanecía tendida con ricas sábanas. En algún lugar tocaba una orquesta de cámara. Unidos, cuerpo contra cuerpo, seguimos rodando, pasamos por una infinidad de aposentos. En algunos había gente. Hombres con frac y sombrero de copa. Mujeres con vestidos con una amplia campana abajo. Usaban collares de perlas y estolas. La orquesta seguía tocando, quizás algo de Mozart. Nosotros rodamos a una última recamara con tapices en los cuales damas y caballeros, plasmados en su desnudez, participa-

ban en la cacería de un macho cabrío. Y entonces me di cuenta de que yo también estaba desnudo, y aquella mujer, Elenor, serpenteaba sobre mi cuerpo provocándome a la lascivia. Planee estrangularla, ella era la bruja que yo había perseguido durante siglos, en diversas épocas. Puse mis manos en su cuello, y se lo acaricié, bajando a los senos, a su vientre... Ella se retorcía. Soltaba humo por la boca como un gran dragón. Empezó a cabalgar sobre mi miembro y vi que le salían cuernos en la cabeza, y sobre estos fructificaban flores visitadas por abejas y pájaros. Extraía hasta la última savia de mi cuerpo. Sentí un torbellino en mi sangre. Las cosas giraron alrededor de mí. Una mujer se presentó como la Duquesa D'Orsay. Traía un corazón sangrante en la mano izquierda y con la derecha sostenía un paraguas. Sobre este llovía copiosamente. Ya no vi más a Elenor. Sentí que algo me faltaba adentro, quizás la sangre. Luces multicolores danzaban frente a mis pupilas. La duquesa D'Orsay también desapareció. La lluvia mojaba mi cuerpo. Entonces miré a ambos lados y vi que estaba en la calle, frente a un caserón antiguo, con trazas de estar deshabitado. Era el mismo al que había llegado... ¿media hora atrás? ¿Una hora? No sabía. Sin embargo, al parecer eran reales los sucesos que había vivido, pues yo estaba desnudo. Con mis ropas sacerdotales se había quedado aquella pecadora que me indujo al acto carnal.

El viento aullaba en las esquinas y los aleros, mandaba vendavales de agua contra mi cuerpo desnudo. El frío me hacía temblar. Caminé. Ríos y arroyuelos se enroscaban en mis pies queriendo derribarme. El mundo parecía caerse en pedazos. Vi pájaros verdes que volaban sobre mi cabeza; un viejo cuervo, de aspecto vetusto, estaba en una acera pasando el aguacero. Por sus alas se escurrían

ríos y chorros. Era un poco calvo, quizás por la edad. Yo temblaba, tiritaba…así seguí avanzando. ¿Y si ya estaba en el infierno? Tal vez mi castigo era aquella agua constante, para apagar el calor de la carne, a causa del cual había pecado. Un mundo frío, cuyas paredes eran tan líquidas como la lluvia interminable. Toqué un muro… pero no, no… si era real, tenía consistencia. ¿Y donde estaba la parroquia? Bajo aquel vendaval todo me parecía igual. Había caminado quizás dos cuadras, cuando vi a un hombre con un organillo. La lluvia resbalaba sobre su gorra. Insistente le daba vueltas a la manigueta y salía una música nostálgica y repetitiva. Me acerqué a él. ¿Cómo abordarlo? ¿Cómo explicar la desnudez? No hizo falta. Él se dirigió a mí. "Padre Alonso… ¿qué hace usted por aquí?" "Busco la parroquia, hijo". "Acaban de pasar cinco hombres desnudos antes que usted", dijo el organillero. "¿Me puedes llevar a la iglesia? ¿Sabes donde está?" El organillero echó a andar y yo lo seguí. En el cielo no dejaba de relampaguear. En una alcantarilla abierta el agua se precipitaba con crujido de cataratas. "Es tiempo de cuervos", comentó el organillero y escupió al aire. Al cabo de algunos minutos estuvimos frente a la parroquia, pero con tan mala suerte que las llaves habían quedado en mi sotana. "No se preocupe, padre; cuando el organillo no da mucho, asalto casas". Y entonces el hombre, sacando la manigueta de la caja de música, la aplicó a la cerradura, y la abrió. "La bendición, padre". "Dios te bendiga, hijo", le dije.

Pasé temblando al interior de la iglesia. Pronto mi cuerpo estuvo seco. Entonces sentí un cansancio enorme. Aquella lucha entre mi espíritu y mi carne parecía haberme extenuado al extremo. Era evidente que el maligno trabajaba en los goznes de la realidad. Transfiguraba y mentía

como era su costumbre. Abría y cerraba fingidas claraboyas. Mostraba paisajes inexistentes. Yo había caído en sus redes. Había pecado con aquella mujer (qué duda quedaba ahora) que era servidora de Lucifer. Y lo peor, sabía que no tendría fuerzas para levantar mi mano contra Elenor. La deseaba con ardor. Su rostro era para mí como el de un ángel. Estaba a punto de enloquecer.

Renqueando me encaminaba a mi celda. Mis ojos vagaban sin rumbo. Mi vieja mesa me pareció extraña, como si viniera de otro mundo. Los libros de teología, acaso, contenían disparates. Todo me parecía proveniente de un plano demencial. Vi el instrumento de la penitencia. El látigo. Aquel rebenque que antaño usaban los traficantes de esclavos. El gato de las siete colas, le llamaban, porque terminaba en siete filamentos de cuero con una bolita de plomo cada uno. Mi mano, incierta, lo tomó, y me di el primer latigazo con temor. El calor de las entrañas de Elenor estaba en mi mente. Dolor, dolor, necesitaba dolor para extirpar aquel recuerdo. Y valentía. Y entonces, otros latigazos, los fragmentos de plomo me arrancaron pedacitos de piel. La sangre corrió. Sentí una gran euforia. Otros latigazos, más, más... aquel dolor era insoportable. Mi sangre salpicó las paredes. Me mojé las manos en ella, y, entonces, pensé que era una sangre que le ofrendaba a Elenor. Y su color rojo brillante me impulsó a desear más y más a la bruja. Mi combate con el diablo era terrible. Me enfurecí. Me golpeaba y golpeaba. Era mucha la sangre. Entré en un estado en que ya no tenía pensamientos, sino imágenes inconexas, una prima a la que espiaba en mi adolescencia, una revista pornográfica con la que me masturbaba, imágenes de gente con la cabeza destrozada a tiros. Creo que la sangre corría por todo mi cuerpo. No podía

vencer al demonio. Estaba condenado. Me puse mi hábito blanco de dominico, pronto la sangre lo llenó de grandes manchones rojos. Mi carne, abierta, rozaba la tela. Me estremecía como un torturado. Salí al patio del convento.

Iba a sentarme entre los naranjos a terminar de desangrarme cuando vi un bulto en una de las bancas. Al aproximarme distinguí a Eudoxia, una anciana de la iglesia que ya apenas distinguía lo real de lo imaginario, el recuerdo y los hechos presentes. "Padre, lo he estado esperando toda la noche". "¿Cómo entró aquí? Todo estaba cerrado". Eudoxia pasó su mano arrugada por mi hábito ensangrentado. La sangre inundó sus uñas semejantes a las de un cuervo. "No sé padre, empecé a caminar, y de pronto estaba aquí". "¿Y qué quiere?" "Mire, tengo esta serpiente". Y entonces Eudoxia mostró un largo animal verdoso que se contorsionaba en sus hombros y envolvía su cintura. En la cabeza tenía una mancha violeta en forma de diamante. Me persigné ante la malvada presencia. "Mátela, padre. Yo no me atrevo. Me molesta en mi casa. Antes era mi mascota, pero ya no la quiero, come mucho". Me volví a persignar. Unas gotas de sangre cayeron de mi cuerpo y mojaron al reptil. La serpiente se relamió. Absorbía mi sangre con gusto. Era un ser malvado. Por algo la habían traído hasta mí. En medio de tantas tinieblas el Divino Salvador proporcionaba la sanidad. Distinguí, si, distinguí muy bien la señal. Me enviaban desde el cielo una última oportunidad de lavar mi culpa. "Espere", le dije a Eudoxia. En unos momentos regresé con mi cruz en forma de lanza. La clavaría en la cabeza del reptil y todo acabaría. Mi sangre empezaba a coagularse, sentía como si un caparazón duro cubriera mi cuerpo. Las telas del hábito estaban tiesas. La serpiente alzó su cabeza. Me

miraba, y sus ojos eran los de Elenor. "Bruja", le dije. Sacó su lengua bífida y se relamió la boca. Alcé mi cruz, pero no pude descargar el golpe. Los ojos eran muy hermosos. El animal se retorcía alrededor del cuello de la anciana.

La voz de Eudoxia cambió. Se tornó varonil, ronca. Era la voz del padre Álvaro, aquel a quien yo seguía en mis sueños. "Hermano, la bruja te tiene poseído, debemos rezar". Entonces, acompañado de la vieja Eudoxia, y de la serpiente, que permanecía enroscada en su cuello, nos fuimos a mi celda. Eudoxia puso al réptil en una esquina y lo amarró a la pata de la cama con su rebozo. Entonamos una serie de responsos en latín. Eran antiguos, de aquellas épocas en las que yo seguía a Álvaro, ¿a través de las selvas de Alemania?, en busca de brujas a las cuales quemar. A medida que progresaban nuestras jaculatorias la vieja Eudoxia vivía una extraña transformación. Su cuerpo se tornaba vigoroso, la boca se le llenó de dientes, y ante mí apareció el padre Álvaro, que con mirada fiera me decía: "He tenido que cruzar muchos siglos para llegar aquí, pusilánime". Y entonces agarró mi cruz en forma de lanceta y la clavó en la cabeza de la serpiente, que se retorcía, agonizaba, y finalmente murió. Álvaro volvió a transformarse en la vieja Eudoxia, envolvió al réptil en su rebozo, y me pidió que le abriera la puerta de la calle. Se marchó (¿Eudoxia o Álvaro?) encorvada y murmurando cosas ininteligibles.

Amanecía. En pocos minutos debía dar la misa. Mis heridas, mi cuerpo lacerado, quizás empezaba a infectarse. Tenía fiebre. Con las pocas fuerzas que me quedaban caminé hasta el púlpito. Los feligreses, al verme bañado en sangre, huyeron. Yo ejercí todos los rituales en soledad. Luego renqueando regresé a mi celda.

Pasan los días. No he buscado ayuda médica. La fiebre viene en oleadas, luego me abandona, regresa. No como nada. No sé si la vieja Eudoxia traía una serpiente o no. No sé si alguna vez seguí al padre Álvaro en alguna misión. No sé quien soy. La imagen de Elenor viene con gran frecuencia. Tampoco sé quien es ella. Estoy muy débil para pensar en qué es realidad y qué no. Creo que si tuviera fuerzas volvería a buscar su casa. Probablemente ya estoy en el infierno y no me he dado cuenta. Cada vez estoy más débil, es mayor la fiebre. Apesto de tantas heridas abiertas…

La cacería de almenara

Necesariamente algo no tiene que ocurrir para que lo recordemos.
¿Todo pasado no es acaso una suposición?

Sufrí el calor y la decadencia de La Habana, crucé las llanuras inmensas y secas de Camagüey, y llegué a Holguín. La ciudad había quedado sin un solo automóvil. Unos caballos macilentos tiraban de carretones donde gente chorreando sudor se trasladaba. A veces los caballos morían de hambre y el cielo se llenaba de buitres. Estuve encerrado dos o tres días en el cuarto de mi abuelo Emiliano. En la penumbra, mirando sus viejos relojes de péndulo, recordé las historias que me hizo de niño. Inolvidables, llenas de brujas, de duendes, de demonios, de locos poseídos, y de muertos escapados de las tumbas que él aseguraba ver con la mayor naturalidad del mundo. Quizás fue hidromante, pues algunas veces me habló de sus adivinaciones mirando la corriente de los ríos o vasos de agua. Realmente me inició en esa magia peculiar de creer que el mundo es algo más de lo que vemos. Y ahora yo había vuelto a

intentar recuperar esas historias que él trajo de Galicia, y que se expandieron junto con otros inmigrantes en los campos que rodean la ciudad donde nací.

Salí al amanecer hacia Sao Arriba. A esa hora el polvo estaba silencioso y las pequeñas casas vecinas cerradas. No quería saludar a los que cuando eran niños jugaron conmigo; hombres ahora, dos décadas de hambre que yo no pasé les habían dado un aspecto de ancianos, o de dementes que se acercan a ver esa cosa tan rara que somos las personas bien alimentadas. Pronto estuve en pleno campo, el camino tenía esa apariencia de ceniza aplanada que conocía desde mi niñez. Separadas por mayales, o por hileras de cactus lechosos, las casitas, con techo de hojas de palma, se alzaban sobre una tierra rojiza. Algunas puertas empezaban a abrirse con chirrido de bisagras oxidadas. De adentro salía olor a café, a oscuridad, y unas voces que me daban los buenos días. "Buenos días", contestaba yo, sin saber a quién saludaba, y continuaba.

Vi una casa de madera podrida, sin techo, muchas de las tablas habían caído. Supuse que allí seguían viviendo mis primas. Una de ellas nació con un retraso mental severo y babeaba todo el tiempo; otra no podía realizar más que trabajos manuales. Tuvo varios hijos y nunca se supo la identidad de los padres. La tercera, la menor, pudo estudiar una licenciatura en pedagogía, pero en el país se acabaron los medios de transporte y la mandaron a su casa con goce de un sueldo (ridículo y simbólico por lo escaso), pues no había manera de que llegara desde el campo a la guardería donde trabajaba. Recordé cómo corríamos y jugábamos en los callejones que rodean mi casa. Hacía más de veinte años que no las veía. La tristeza me llenó. Hubiera querido llegar a aquella casa y saludar, pero temía

ver a mi propia sangre corriendo dentro de espantajos y de guiñapos.

Seguí caminando. No me cruzaba con nadie a pesar de que ya eran las diez de la mañana y los campesinos se levantan temprano a labrar las tierras y cuidar los animales. Y entonces me di cuenta de algo insólito. En todo el campo no había nada cultivado, ni se oían chillidos de puercos, ruidos de gallinas, de vacas o de ovejas. Sobre grandes extensiones de tierra seca sólo se levantaban palmas o maniguas silvestres. Algunos esqueletos de animales domésticos estaban apilados junto a una piedra. Sobresalía la gran cabeza de un toro con sus astas puntiagudas. Pero eran viejos, pues ni siquiera los buitres los visitaban. ¿De qué vivía aquella gente? ¿Había gente? Sí. Desde el interior de sus casas me habían dado los buenos días, aunque nunca le vi la cara a ninguno.

Llegué frente a las tierras que fueron de la familia Vilariño. El sol del mediodía me hacía sudar. Mi camisa estaba empapada. Tenía sed, el polvo cubría mi cara, mis antebrazos, mis manos. Me senté en una piedra. En la mochila llevaba una diminuta cámara de video portátil para grabar a la gente contando leyendas. Hasta ahora no encontraba nada de eso, pero la prendí para tener una constancia del ruido del viento arrastrando el polvo, de la tierra moribunda, de las maniguas espinosas y de las palmas altísimas y mudas.

A través del lente vi que un hombre se acercaba en una bicicleta. Era rubio y flaco, tenía ese color dorado cenizo de los altares viejos propio de las pieles expuestas durante años y años al sol tropical. El pelo quemado por tanto calor caía en mechones sudorosos sobre sus ojos azules. "Hola, primo. ¿Qué haces por acá?" Reconocí por

la voz a mi primo Pepito. Según las últimas cartas de mi madre seguía siendo un solterón a sus cincuenta años. "Pues... aquí, ya ves", le dije. Una respuesta típica de los que son sorprendidos por alguien a quien no tienen nada qué decirle. Pero no, qué equivocado estaba. ¿Acaso no había venido en busca de los rastros de mis antepasados en Cuba? ¿Quién mejor que Pepito Alganeira, descendiente de gallegos como yo? Me levanté de la piedra y lo abracé. Apestaba a sudor rancio. "Oye, me está matando la sed". "Vamos al pozo de los Vilariño, porque ya estás muy lejos de cualquier casa". Se desmontó de la bicicleta, la llevó de la mano, y cruzó el mayal que limitaba la propiedad. Su camisa era viejísima, casi transparente por el uso, los hilos amarillos que componían la tela se hubieran podido contar. También sus costillas, tan flaco estaba. Sentí compasión por mi primo y dejé de grabarlo. Guardé la cámara. Poco a poco la hierba reseca se fue convirtiendo en arbustos, luego aparecieron los árboles, el frescor me inundó. Llegamos a un brocal cuadrado, hecho de piedras toscas, pegadas entre sí con cal quizás a finales del siglo XIX o principios del XX. Nunca amé tanto al agua como en ese momento. Como era muy clara penetré con la vista hasta tres o cuatro metros. Se veían troncos cubiertos de limo que desplegaban sus manos como las de un viejo que siempre ha vivido sumergido. Nadaban peces grises con espinas en la boca. ¿Cómo habrían llegado hasta allí? ¿Nadando por los ríos subterráneos o alguien los había echado? "¿No vas a tomar agua?", me preguntó Pepito Alganeira. Puse los labios en el agua, estaba fría, deliciosa. Sorbí mucha, probablemente un litro. Él también bebió.

Emprendimos el retorno al camino. "¿Y los Vilariño?", le pregunté. "Se fueron o se murieron. La casa se

cayó". "¿Se fueron a Estados Unidos?" "Creo que sí. Casi todos se han ido por aquí o se han muerto". Iba a preguntarle por qué él no se había ido también, pero sentí vergüenza. Mi primo seguía apegado a la tierra que escogieron nuestros ancestros, moriría o viviría con ella, yo en cambio me había ido a México. A pesar de su extrema pobreza se comportaba con dignidad. Apenas uno llegaba a Cuba todos pedían algo, desde un dólar, veinte, un chicle, un caramelo, ropa usada, pero él no hablaba de sus carencias y se veía que tenía muchas. "¿A dónde vas?", me preguntó mientras montaba nuevamente en su bicicleta. "Vine a grabar tradiciones de Galicia, alguna leyenda, alguna magia, ya sabes, todo aquello que nos contaba el abuelo. Quiero escribir un libro. Siento nostalgia, nadie habla de nosotros". "Ah, ve a casa de Meiga Menciñeiro, creo que es la vieja que más sabe de eso". "¿Y tú? ¿Por qué no empiezo mi documental contigo. Te has pasado la vida entre ellos, desciendes de ellos, debes de saber mucho". "Ahora no, ando trabajando, soy inspector escolar. Adiós". Pedaleó en su bicicleta y empezó a alejarse. "¿Cómo llego a casa de Meiga Menciñeiro?" "Después de cruzar el río coge por un trillo al lado de un farallón". Quise preguntar más, pero ya estaba distante, pedaleaba con toda la furia de sus escasas fuerzas. "Inspector escolar", murmuré, ¿pero quien irá a las escuelas? Él mismo me dijo que casi todas las familias se fueron. Además, yo no había visto ni un solo centro escolar en todo el camino.

El agua me había reanimado, tenía un sabor ligeramente salobre, o mineral, alguna sustancia de lo más profundo de la tierra deliciosa al paladar. Caminé con más ahínco, decidido a entrevistar a Meiga Menciñeiro. Llegué a un recodo donde la tierra se hacía un poco pantano-

sa y había huellas de herraduras de caballo. Era un sitio penumbroso debido a la sombra de enormes cedros. A partir de ahí, recordé, comenzaba la zona El Almirante, fundada por mi tatarabuelo materno. Era su hacienda. Hoy sólo queda el nombre. Abundan los árboles y las hileras de palmas reales a lo largo del camino. Caía la tarde. Miré las palmas, tan altas, el árbol más alto de Cuba, con sus troncos grises, perfectamente cilíndricos, y allá arriba, como nostálgicas por estar tan lejos de la tierra y batidas constantemente por el viento, las pencas verdes en forma de penacho. Sólo se oía el ruido de pájaros invisibles. Los grillos empezaban a sonar. Seres diminutos se deslizaban entre los matorrales a uno y otro lado. Ratones de campo, lagartijas, algún perro jíbaro, supuse, pues no hay ningún animal grande ni peligroso en la isla. El río que mencionó Pepito Alganeira no aparecía por ningún lado. Lo conocía, en algún momento de mi infancia lo había cruzado, pero ahora no podía precisar si me faltaba mucho o poco para llegar. Esa calma que acompaña al atardecer campesino, bañada de un sol puro, de un aire fresco, de miles de sonidos de animalitos que despiertan entre las hierbas, de lechuzas y murciélagos que abren los ojos para empezar su vida de vuelos silenciosos, de serpientes constrictoras, "majás", que se desenrollan... Toda esa diminuta algarabía me rodeaba, me llenaba de lasitud, de deseos de no seguir adelante. Además pronto sería noche cerrada. Debía hallar un lugar donde refugiarme hasta el próximo amanecer.

Creí ver entre dos palmas, casi tapada por una enredadera que caía del techo, una puerta. Me aproximé, estaba a unos dos metros, y me dije que la vista me había engañado. Allí no había ni siquiera los restos de una casa. Pasé de largo, pero desde el fondo del camino me alcanzaba la

noche. Retrocedí. Oía mis pasos levantando leves nubes de polvo, chocando con guijarros. Volví a ver la puerta, exactamente entre las dos palmas, bajo la enredadera, incluso, una parte del techo de guano sobresalía. ¿Sería otra? ¿Sería la misma? La puerta se había esfumado otra vez. Metí las manos entre las enredaderas y al revolverlas surgió el cuadrado perfecto con marcos de madera podrida. Me llegó un olor a colchón húmedo, a ropas viejas, a zapatos agobiados de musgo y limo. Entré a la penumbra. Era una choza cuadrada, al parecer nadie vivía allí. Había una cama de hierro, un colchón roto y un baúl de madera. Según mi abuelo a los trastos les gusta dormir todo el día entre la ropa mullida que se guarda en los arcones y de noche salen a divertirse. Desde entonces abrí todos los arcones en busca de esos duendes, y no resistí la tentación de abrir el que tenía frente a mí. Sólo camisas viejas y sucias. Cerré el arcón, y decidí pasar la noche allí. ¿Pero con qué me alumbraría? Si prendía el foco de mi cámara al día siguiente no tendría pilas para grabar nada. Dormiría a oscuras. Me acosté sobre el colchón. Ahora el techo, sostenido por cujes, mostraba su entramado de finas hojas de palma, telas de arañas, murciélagos que colgaban de sus patas en gran cantidad, agujeros por los que entraba una llama naranja y sin calor: último aliento del día que se iba poniendo gris hasta desaparecer. Los murciélagos desprendían sus patitas y volaban hacia fuera. Conjeturé que al día siguiente Meiga Menciñeiro me invitaría a desayunar, y con esa esperanza me dormí.

Me despertó un ruido suave. Aún no amanecía. Era como si estrujaran ropa, o la doblaran y la volvieran a acomodar. Luego sonó un trapo pegándole a la pared. Prendí la luz de la cámara, la moví con lentitud, con miedo de ver

algo inusitado. El arcón estaba abierto y la ropa desparramada en el suelo. Quise pensar en un golpe de viento, pero eran maderas muy pesadas, se necesitaban dos manos fuertes para abrirlo. Algo se movió afuera. Primero parecieron pasos, luego saltos de rana. Me obligué a pensar que algún campesino quería hacerme una broma pesada. ¿Cuál campesino? En varios kilómetros a la redonda no vivía nadie. ¿Y si esa era la casa de alguien y su dueño había regresado durante la madrugada? Sentí un fuerte golpe en la cabeza. Casi pierdo el aliento y la cámara cayó al suelo. Me habían arrojado un objeto. Mi pie tropezó contra él y lo lanzó sin querer ante la cámara: un zapato viejo. "¡Oiga, oiga, no se enoje, no se ponga bravo! ¡Ya me voy de su casa!", grité. Hubo una risa, pero no de una garganta humana. Una vez más recordé las explicaciones de mi abuelo. Durante la noche "se ponen a trastear". Aquello parecía un trasto. Me agaché y tomé mi cámara, a pesar del miedo sabía que si lograba filmar sería un acontecimiento mundial. Pero la luz sólo me mostró una choza vacía. Del arcón voló un cinto y me pegó en la cara, de una esquina saltó un zapato viejo y casi me arranca la frente. Seguía la risa. El trasto estaba enfurecido o quizás sólo se divertía. Huí de la casucha. Se levantaban las piedras y me pegaban en todo el cuerpo. Decían los viejos que a estos seres se les puede hablar y llegar a ciertos acuerdos con ellos. "Soy Jorge Alganeira. Te pido perdón. Siempre me han gustado los trastos". Cesó la lluvia de piedras. Volví a escuchar el canto de los grillos. Debía seguir hablándole. Hacerme su amigo. "¿Y tú cómo te llamas?". "Soy el trasto Guranza". Para definir su voz es necesario imaginar a un sapo al que le han instalado cuerdas vocales humanas, pero su lengua sigue siendo babosa, larga y retráctil. "Ya me voy, Guran-

za, pasaré el resto de la noche en el campo, no quiero quitarte la cama". "No duermo en la cama, duermo en el baúl". "Bueno, pero de todas maneras me voy, debo llegar a la casa de Meiga Menciñeiro". Oí unos pasos en la hierba, las estrellas que podía ver desde mi posición se opacaron. Era una silueta encapuchada, totalmente negra, no se le veía ni un rasgo, no rebasaba en altura mi pecho. Habló con su voz de sapo amaestrado. "No puedes ir a la casa de Meiga Menciñeiro. No hay comunicación entre el mundo sobrenatural y el natural, a menos que la propia Meiga lo quiera, pero como no te conoce nunca lo querrá". "¿Y qué hago entonces?" No hubo respuesta. Se alejaron unos pasos blandos. El ruido se apagaba. Tal vez Guranza iba hacia algún lugar lejano.

Hacía mucho frío y volví a acostarme dentro de la choza. Si ya había comprobado que no sólo eran ciertas las leyendas sobre los trastos, sino que éstos hablaban, ¿no debía regresar a la ciudad y luego a México? ¿Ir en busca de Meiga Menciñeiro no era demasiado peligroso? ¿Acaso imposible? ¿Qué probabilidades tenía de llegar? Debía de irme en ese mismo instante. Pero no me fui. Me emocionaba una y otra vez al saber que había hablado con un trasto de verdad. Era algo maravilloso. Inusitado. Decidí proseguir la búsqueda de Meiga Menciñeiro. Pepito Alganeira nunca dijo que estaba muerta. Pero, y él... ¿estaría vivo? ¿No era demasiado absurdo que hablara de su trabajo de inspector escolar cuando no había ninguna escuela en varias leguas a la redonda? Claro, Guranza, al decir "mundo sobrenatural", pudo haberse referido al mundo de la hechicería en el que seguro vivía Meiga y no a la muerte, me dije para tranquilizarme.

Busqué acomodo en el viejo colchón e intenté calmar mi ansiedad. Ya casi respiraba pausadamente cuando escuché unos ruidos. Provenían del arcón. Alguien bostezaba adentro, o quizás muchos bostezaban adentro, pues los tonos y timbres eran más de quince por lo menos. De aquel espacio tan chico empezaron a salir figuras deformes que reían a carcajadas. Corrieron hacia el camino y bajo el resplandor lunar bailaron cogidos de las manos y cantaban: "Somos los cachivaches, baches, baches, baches hacemos en los caminos los cachivaches". Sacaron unas palas y unos picos de sus ropas, cavaron y cavaron. La tierra saltaba en todas direcciones. Entonces prendí mi cámara, si se me había escapado el trasto, no dejaría de grabar a estos duendes cachivaches, pero en cuanto los enfoqué se dieron cuenta y me lanzaron una de sus palas. Destrozó la cámara de video y me hizo una herida en el hombro. Los cachivaches dejaron de bailar y corrieron hacia mí con sus picos y palas en alto. Si huía por el camino me alcanzarían en pocas zancadas, así que me metí entre la manigua y los matorrales. Aquello era un lodazal inmenso que las plantas ocultaban. Chapoteando y dando brincos avancé sin un rumbo definido. Sentía las palas y los picos rompiendo ramas detrás de mí. Intenté hablarles. "Amigos, amigos, no me hagan nada, no tengo malas intenciones. Hace un rato hablé con Guranza, él no me dañó". "Sí tienes malas intenciones, sí las tienes, nos querías grabar para vender la película, eres un merolico de baja estofa". Sus voces me parecieron de cotorras agripadas y con ronquera. "¡Merolico de baja estofa!", volvieron a gritarme y se enlazaron de las manos para bailar y cantar. "Merolico de baja estofa, tofa; tofa en los baches te darán los cachivaches". Esto me permitió huir entre los matorrales y el fango. Sentía

mi rostro rajado por las espinas y mis manos excoriadas. Pensé que se quedarían danzando, pero no, pronto volvieron a la persecución. Las palas y picos volaban sobre mi pelo cuando ellos las esgrimían. Ya casi no podía respirar, tropecé y caí de bruces sobre el suelo pantanoso. Me tapé la cabeza en un acto reflejo de defensa. Pero no sentí ningún golpe, las voces dejaron de amenazar. Unos pájaros piaron. Levanté los ojos y vi que el sol naranja empezaba a salir. Detrás de mí había un montón de cachivaches viejos: sillas rotas, escobas, mesas carcomidas, tablas de planchar, picos y palas. Me había salvado el amanecer, al parecer el sol transformaba a estas criaturas en cachivaches normales, inmóviles e inofensivos.

Con pocas fuerzas dejé atrás aquellas cosas y chapoteé hacía donde veía que la maleza era menos tupida. El aire de la aurora me refrescaba la cara y me secaba la sangre. Estaba hambriento y tenía sed. El encuentro con mi primo Pepito Alganeira me parecía tan lejano como si hubieran transcurrido meses. Empecé a temer que yo nunca podría salir de aquella desolación. Quizás mi abuelo conocía formas de vivir sin peligro entre aquellos seres, pero nunca me las transmitió. Contó historias sobre ellos, yo las tomé como cuentos infantiles y no indagué cómo uno se protege de un cachivache.

Ahora el suelo era firme, en lugar de manigua había hierbas bajas, vi un camino. Ignoraba si era el mismo u otro. Estaba indeciso sobre el rumbo a tomar cuando me di cuenta de que una vieja harapienta, apoyada en una vara rugosa como de dos metros de largo, avanzaba lentamente. Al pasar frente a mí me pidió ayuda. Aquello retrasaría aun más mi encuentro con Meiga Menciñeiro, pero no podía negarle la misericordia a una anciana. Me dio un costal

que cargaba en su espalda, estaba lleno de ropa andrajosa y pestilente. Adapté mis pasos a su lentitud. Llevaba un pañuelo gris atado a la cabeza, de abajo de él salían desordenadas las crenchas canosas que le llegaban hasta la cintura, llenas de zarzas, de hojas secas, de musgos, de cagadas de pájaros y hasta de insectos muertos, como si hubiera dormido por muchos días en medio de los montes. Una raída capa la cubría desde los hombros hasta los pies. Usaba un vestido que quizás fue verde, pero ahora, entre remiendos de otros colores y mugre, era casi imposible distinguir su color. Andaba descalza y los dedos de sus pies eran grandes, de uñas gruesas y largas, negras como cascos de caballo. En realidad sus callos eran más fuertes que cualquier suela de zapato. Sus ojos eran azules y los labios se sumían en unas encías sin dientes.

Cada paso iba precedido por un golpe de vara en el suelo. Arriba se escuchaba un graznido y un cuervo negro descendía planeando para luego volver a subir. Dio tres golpes fuertes, se levantaron nubes de polvo y el ave se posó en el extremo superior de su vara. La anciana se volvió hacia mí. "¿Qué haces por aquí, Jorge Alganeira?", no atiné qué responderle. El hecho de que supiera mi nombre me dejó como a un niño que cree haber preparado muy bien su escondite pero la madre lo ha estado observando todo el tiempo. "Son lugares peligrosos, Alganeira. Están llenos de trastos, cachivaches y andrajos. Si no fuera por mí esos que llevas en el costal ya te hubieran arrancado los brazos y las piernas". El cuervo abandonó el bastón y nos sobrevoló a ambos. Sus círculos, sus graznidos, la visión fugaz de sus alas negras y sus garras apretando el aire, tenían el poder de hacerme sentir que había cruzado alguna frontera dentro de mi propio país, un límite que no

estaba marcado en ningún mapa. "¿Cómo sabe que soy Jorge Alganeira?". "Me lo dijo Pepito Alganeira hace unos momentos". Y esto me extrañó más, pues no había la más remota posibilidad de que en aquel lugar hubiera niños o escuelas.

El cuervo se nos había adelantado mucho, ahora doblaba por un recodo del camino y unos algarrobos taparon su negro aletear. "Estoy buscando la casa de Meiga Menciñeiro". "Meiga Menciñeiro no tiene casa, y a la vez todo es su casa". "¿Cómo lo sabe?" "Yo soy Meiga Menciñeiro". "Ahhh...". "Me dijo Pepito Alganeira que querías preguntarme cosas de Galicia". "Sí", le dije titubeando, pues de pronto me pareció desconsiderado someter a un interrogatorio a aquella anciana paupérrima. Meiga continuó caminando, sin volver a tocar el tema. El camino empezaba a estrecharse, las ceibas, los algarrobos, los júcaros, las palmas, las zarzas y las enredaderas nos cercaban dejándonos tan sólo un flaco sendero por el que caminábamos en fila india. Volví a escuchar el graznido del cuervo, muy alto en el cielo ahora.

El trillo concluyó en un refugio bajo una gran laja de piedra que sobresalía de un farallón. Allí había una cama con un colchón viejo, un horno de carbón, algunas ollas, un baúl, y unos garabatos de los que usaban los campesinos para sacar hierbas malas y matorrales de la tierra. Por una escalera de hierro se descendía a un sepulcro cavado en el suelo rocoso. En el fondo había un ataúd. El recinto olía a musgos y a plantas trepadoras, a flores y a carbón. Algunos tizones humeaban. El cuervo entró volando y se posó en el bastón de Meiga Menciñeiro. "Tira el saco de los andrajos donde quieras", me dijo. Lo lancé hacia lo más profundo de la cueva, pero no se quedó quieto.

De adentro salieron abrigos viejos, medias rotas, zapatos descosidos, camisas, calzoncillos. Todos parchados, pero todos vivos. Las arrugas adoptaban formas de narices, los botones de ojos, las rasgaduras de bocas y orejas. Brincaban y bailaban. "Babau, Rial, Eira, Eiriz, Esmorede, Barral, Rodil, Carballosa, quietos todos, a dormir, andrajos", les ordenó la anciana y los andrajos cayeron al suelo respirando tranquilamente. "Y usted", dijo mirándome fijamente, "baje a ese ataúd y descanse". "No quiero descansar", le dije. "Vine a buscarla a usted, a que me contara las tradiciones que quedan de los gallegos en esta isla". "¿No recuerda que ya hablamos? ¿Que ya le conté todo?" "No, no recuerdo nada". "Da lo mismo, señor Alganeira, baje a su ataúd y ciérrelo bien, pronto oscurecerá y por este camino pasa Almenara cuando sale de cacería". "Almenara, Almenara... ¿Quién es Almenara?" "Veo que no recuerda nada, pero usted pasará por un gran sufrimiento si ella lo ve. Baje al ataúd". Me quedé estupefacto, la anciana en su chochez me confundía con otra persona. No quise contradecirla, sus confusiones eran propias de la senectud. Le hablé con dulzura. "Déjeme estar sentado un rato aquí". Se encogió de hombros y caminó hacia los garabatos. "Vamos, vamos, es hora de comer", les susurró y los palos, con puntas como anzuelos filosos, comenzaron a brincar, salieron a la maleza y arrancaron hierbas. Daba ternura ver a Meiga pastoreando a los garabatos, que se llamaban Barcala, Queirón, Vilar y Quemaidelos. Sin embargo, en mi mente se repetía el nombre de Almenara. Almenara... Almenara... Y venía el vago recuerdo de un beso en unos labios y una lengua ardiente, o quizás el deseo de besar una boca tan jugosa y tibia. ¿De quién fue aquella boca y por qué estaba en mi mente?

"Por varias cosas". Me sorprendió el regreso de Meiga Menciñeiro. "Es lo que siempre has deseado, algo no tiene que ocurrir para que lo recordemos" "¿Sólo por eso?". "No, por muchas cosas más, pero no las diré. Decidiste esperar el paso de Almenara, por lo tanto no viene a cuenta que te diga nada". La vieja me dio la espalda, colocó a los garabatos junto a la pared, con un movimiento de la mano inmovilizó a los andrajos, y luego caminó respirando con trabajo hacia su vieja cama. Se acostó boca arriba, extendió la vara entre su barbilla y sus pies, y sobre ella cruzó las manos. El cuervo voló hasta su cabellera canosa y escondió la cabeza. Al rato ambos roncaban.

El sol terminó de ponerse y vi un amasijo de sombras, de oscuridades y de brillos en la manigua y en las palmas. Una luna en cuarto creciente les daba un terrible aspecto de abandono. Escuché aullidos y ladridos de perros jíbaros. Lejos todavía. Ladraban con furia. Con esa esencia que tienen los depredadores que únicamente se relaciona con morder, destrozar, deglutir, gozar la sangre sin que los perturbe ninguna ética, ningún razonamiento.

Se escuchó el galope de un caballo, gritos de una mujer que azuzaba a la jauría. Los picaba con odio, con ferocidad, con espuma hirviente en la sangre. Corrí hasta la cama de Meiga Menciñeiro, intenté despertarla, pero ni ella ni el cuervo respondían a los más rudos empujones. Me volví a los andrajos, les imploré ayuda. No movieron siquiera un hilo. Reflejaban la ruina de todas las cosas, la caída de las esperanzas, del auxilio, de la piedad. Todo eso convertido en abrigos, camisas, pantalones... Sucios, desgarrados, remendados.

La comitiva se acercaba. Los ladridos entraron como flechas en mis oídos, los cascos hacían temblar la tierra.

"Barcala, Queirón, ayúdenme...", musité a los garabatos, y mis manos se aferraron a ellos: palos secos y muertos. Ya estaba frente a mí el caballo. Cargaba una enorme llama roja de la que salían dos pies con garras negras y una voz de mujer enfurecida. "Todas las noches salgo del infierno a cazarte, Alganeira, y por fin te encuentro". Sobre mi rostro se precipitaban los colmillos y las encías sangrantes de los perros. "¡No lo toquen!", gritó la mujer. Se retiraron unas pulgadas quizás.

Las llamas seguían ardiendo sobre el caballo, pero el animal no se quemaba. Algunas lenguas de fuego empezaron a parecerse a cabellos entre rubios y rojizos agitados por el viento de la noche. Distinguí ojos de mujer de iris rojo, algo así como tizones encajados en la carne, bajo pestañas delicadas, la nariz recta, y unos labios rojos como las rosas, sensuales, amarrados por una malla hecha de púas que hacía que cada vez que ella hablaba sangraran, pero volvían a sanarse. "¿Pensaste que Almenara nunca te daría caza, Jorge Alganeira? Esta noche me darás los abrazos, los besos, las caricias, todo lo que me prometiste y no me pagaste". Almenara... Ahora sí creía haberla conocido, no se trataba de la vaga sensación del atardecer. Pero complacerla carbonizaría mi carne, desgarraría mis labios. Ella era una llama infernal que me pedía amor. Debía huir, pasé por entre las patas del caballo, subí a lo alto del farallón y me lance al cauce de un río. Podría haberme matado, pero era de aguas profundas, y después de la inmersión volví a subir a la superficie. Escupí sobre la corriente. Corría el agua bajo la luna en raudales y remolinos que parecían trenzas y peinetas plateadas de mujer. Me arrastraba río abajo, era difícil mantenerme flotando.

Oí un borboteo de agua hirviendo. Seguramente Almenara cabalgaba sobre el río. No quise mirar hacía atrás, su aspecto no me daba miedo, pero si me provocaba la sensación de un juguete que uno amó mucho, jugó con él hasta en los sueños, y luego lo tiró en cualquier rincón. Nos da miedo mirar ese juguete. En él queda sedimentada una parte de nuestro ser, o más bien lo que fuimos y ya no somos. Nosotros mismos somos el extraño que nos llama. El extraño tiene la fuerza que le dimos y a esa fuerza le tememos, no hay valor para dialogar con ella. Así me pasaba con Almenara. Me provocó la sensación de haberla abandonado alguna vez por lo cual ahora no tenía fuerzas para mirarla. Tal vez las promesas de amor que le hice continuaban adheridas a su cuerpo, enterradas en su mente, lacerantes en sus ojos, y podría regresármelas a mí en forma de remordimientos.

El río entró en una zona turbulenta, en ambas orillas se levantaban altas rocas y farallones coronados de bosques y de manigua. Los remolinos me enviaban al fondo, abría mis ojos bajo el agua y sólo estaba rodeado por las tinieblas líquidas, donde no podía verme ni una mano y sentía el temor al infinito. Volvía a hacer otro esfuerzo y salía a la superficie. Seguía el borboteo de agua hirviente y el chapoteo de perros corriendo detrás de mí. Después de una curva el torrente se amansó en una ancha laguna. Dependía de mis brazos para seguir huyendo. Mis perseguidores se acercaban a mí. El caballo coceó mi espalda, casi me rompe la espina dorsal. Me detuve y empecé a volverme. Sabía que al ver a Almenara me sobrecogería esa tristeza que emana de las cosas que hemos abandonado, y que no es más que nuestros propios ojos mirándonos desde otro lugar del tiempo. El caballo se encabritó. El re-

flejo de Almenara en el río semejaba un amanecer líquido, estigmatizado por rojos sangrientos, naranjas filosos, amarillos que se volvían contra mis ojos desde un resplandor que nada tenía que ver con la plenitud del conocimiento, sino con la nostalgia y el miedo.

Me rodeó la jauría. Almenara habló desde las llamas. "Cada noche tengo que salir de cacería en busca de tus besos. Esa es mi condena en el mundo de los muertos. Besa mi boca y así podré descansar". Continuaba saliendo lumbre de su cuerpo, el caballo respiraba humo y éste se expandió como una niebla sofocante. Sólo me permitía ver el rostro de Almenara. Ahora más nítido, muy bello. El agua empezaba a calentarse. Quizás pronto me cocinaría en aquella olla gigantesca y luminosa. ¿De qué hablaba Almenara? ¿Alguna vez tuve una relación de amor con ella? Tal vez, sino no me provocaría ese malestar de conciencia. Los perros me lamían, el humo me impedía ver sus cuerpos. Salían los hocicos negros proyectando lenguas rojas, como si fueran pájaros que pueden sostenerse por sí mismos en el aire. "Perdóname por haberte abandonado, pero no puedo besarte, moriría incendiado", le grité a Almenara. El viento de la madrugada empezó a soplar, las llamas se avivaron en su cuerpo. Saltó del caballo. Vi su rostro rodeado de serpientes de fuego acercarse a mí. "Te lo ruego, bésame", y sus labios se desgarraron contra la malla espinosa que los cubría. La sangre cayó sobre mis ojos y me sumergí prefiriendo morir ahogado a morir quemado. El fondo del río era fangoso. Aquella oscuridad líquida destelló cuando Almenara se hundió en ella para atraparme y sus llamas no se apagaron. Escapé a la superficie, pero una de sus manos acertó a asirme por el tobillo.

El día tocaba ya las copas de los árboles con débiles luces. Al ser tocados por los rayos los perros amarillos se hundieron. El caballo se encabritó y comenzó a sumergirse mientras gritaba: "¡No salgas, Almenara! ¡Ya llega el día!".

Nadé hasta la ribera y me tiré sobre la arena negruzca. En mi tobillo habían quedado las marcas de los dedos de Almenara. Estaban en carne viva y me ardían. Pero el dolor se mezclaba con una somnolencia y un cansancio enormes. Venían a mi mente sentimientos que había experimentado, pero no sabía hacia quién. Me veía cerrando una puerta y detrás de mí, sin cama, tirada en un colchón, una mujer a la que se le desbarataba la vida, pero que por cansancio o soberbia, o demasiada tristeza, no me pedía que me quedara. Únicamente decía que se sentía enferma, que la desnudara y le revisara su cuerpo. Yo me dije que aunque se estuviera muriendo me iría y no tendría ninguna compasión. Cerré la puerta de un golpe y la dejé atrás pensando que me había convertido en un hombre nuevo con el corazón de hierro. Pero los corazones de hierro se oxidan y se desmoronan. Así de disperso, así de dividido en granos, granos frágiles ante cualquier golpe de viento, así me sentía. Mis sentimientos de culpa por haber abandonado a una mujer que me amaba estaban conectados de alguna manera con Almenara. Dios mío, qué terrible su destino: tener que cabalgar cada noche en busca del beso de despedida que el hombre que la abandonó no le dio o ella no se lo pidió.

Pensé en regresar al refugio de Meiga Menciñeiro, pero aquel óxido hecho polvo en que me había convertido no tenía temperancia para hacer cosas prudentes. Me metí al río, nadé hasta el lugar en que se habían hundido los

perros, el caballo y Almenara, y me sumergí. Además de fango, el fondo estaba lleno de troncos y ramas de árboles podridos, que le daba el aspecto de un bosque decrépito, momificado, lleno de malos pensamientos. Una mancha oscura signaba el paso a otro mundo. Nadé a través de ella. Me rodeaba la penumbra y millones de partículas. Larvas cuya existencia tan leve jamás perturba nuestra imaginación. Limos semejantes a los velos de las mujeres que pierden el rostro. Peces del color del fango con los ojos enfermos. Allí había una pila de huesos. Huesos de perros, de un caballo y de una mujer calcinada a medias y con una malla de alambres cortantes y mohosos sobre la boca. Me empezaba a faltar la respiración, tomé una de las manos de la mujer y subí a la superficie.

Ahora, bajo la luz del sol, los lugares y los rumbos mostraban su sonrisa. Entré a la manigua y sentí el roce de la savia ardiendo dentro de las hojas, sudando los olores a menta, a albahacas, a romerillos, a setas ocultas, a flores que yo aún no había nombrado. Fui dándole la vuelta al gran peñasco, las abejas salvajes bullían en las oquedades. Con el silbido de los insectos se mezclaba la débil respiración de los murciélagos. Iniciaban su ocaso somnoliento ahora que el mundo despertaba. Detrás de una gran ceiba encontré el trillo a casa de Meiga Menciñeiro. Varios andrajos, ahora vivificados, recogían flores a la vera del sendero, me miraron con sus ojos de botones rotos. Los garabatos hurgaban en la tierra, de cuando en cuando encontraban unos sapos grandes y negros y los echaban en una jaula. Entré al refugio de Meiga, ni ella, ni su vara, ni su cuervo estaban. Vi sobre el horno de leña un cántaro de agua y unos trozos de pan reseco y desayuné.

Tenía mucho sueño. Bajé por la escalera hasta el ataúd que Meiga me había brindado. Su interior era mullido, suave. Contemplé los huesos mondos de la mano de Almenara, muchas partes estaban ennegrecidas y carbonizadas, sobre todo en lo que alguna vez fue la punta de los dedos. Sin duda, aquella mujer había muerto entre las llamas, escuchando las explosiones de su piel y su sangre. Pensé en un suicidio. Al verse abandonada por el hombre que amaba se prendió fuego, y como los que deciden la hora de su muerte no pueden entrar al reino de los cielos estaba condenada a aquella cacería noche tras noche.

Puse la mano reseca sobre mi pecho, tratando de buscar en la imaginación la carne y la piel que alguna vez la cubrió. Eran bellas, manos muy bellas. Su dueña debió ser de gran hermosura. Sin embargo yo no recordaba nada de mi vida junto a Almenara, no había años almacenados en mi memoria. Todo era un edificio de suposiciones que yo empezaba a vivir como mi verdadero pasado. ¿Hay algo verdadero? ¿Todo pasado no es acaso una suposición? ¿Una búsqueda en la imaginación de las causas de los hechos? Sólo suponemos las causas, pero no hay nada que nos demuestre que las cosas ocurrieron por los motivos que imaginamos.

Me dormí y soñé con un hombre anciano, de largas barbas canosas, llevaba un cayado en las manos, estaba sobre una colina y frente a él se extendía un valle de huesos humanos secos. El hombre extendió los brazos, apuntó con el cayado hacia el Oriente y convocó a las fuerzas espirituales. Lo mismo hizo con el Occidente, el Norte y el Sur. Fluía una tormenta desde los cuatro puntos cardinales, los huesos se cubrieron de polvo, y se levantó un ejército cuya carne era la misma del desierto.

Sólo una mano quedó separada de los cuerpos. Era como un trozo de barro amarillo articulado, de yemas rugosas que me acariciaban el pecho. La piel áspera y caliente intentaba tocarme con delicadeza, como si estuviera consciente de su falta de capacidades para la ternura. En el dedo anular tenía un anillo de compromiso. Yo portaba uno similar. La mano me lo tocó, hizo tintinear los dos círculos de oro. Escuché ruido de saludos y de felicitaciones, aplausos, una voz sacerdotal que proclama una unión para siempre entre un hombre y una mujer. "Per saecula saecolorum". Repetía el sacerdote, tan alto que abrí los ojos y contemplé la mano que seguía acariciando mi pecho. Ahora no tenía la carne del desierto, sólo huesos, pellejos resecos, uñas negras. Conservaba el anillo de compromiso. No me produjo repulsión. Continué disfrutando las caricias de aquellos huesos.

En la superficie de la tierra la luz empezaba a extinguirse. Entró volando un cuervo y luego vi pasar la forma harapienta de Meiga Menciñeiro. Desde un punto donde nada tiene forma y no hay esperanzas de que exista nunca la más leve silueta, surgió el clamor de una jauría. La mano que me acariciaba se inquietó, ahora me arañaba, me sacó sangre. La retiré de mi pecho, pero se retorcía como una serpiente. Creció el clamor de los perros, también se escuchaba el galope de un caballo. La mano intentó irse a las paredes de la fosa: no la solté. Una mujer furiosa azuzaba con latigazos a sus perros. La mano cadavérica tenía una fuerza inusitada, logró asirse a la pared. Ascendía y me arrastraba. Así llegué a la superficie.

Tenía ante mí a Meiga Menciñeiro. Seria: Muy seria. Sus andrajos deambulaban por la cueva con unos palos en las manos. Los garabatos cavaban trincheras. "Las andra-

jos y los garabatos intentarán impedir que te vayas con Almenara, pero quizás sólo lo logren una noche o dos, Jorge Alganeira. La única manera que tienes de librarte de la cacería de Almenara es destruyendo el anillo de matrimonio que ella tiene en el dedo anular. Esta es tu única oportunidad, tienes su mano, destrúyelo, toma esta hacha". Tomé con esperanzas el arma, pero cuando volví los ojos para descargar el golpe vi que ya no era un amasijo de huesos y pellejos, tenía carne, tenía piel, los dedos eran bellos, suaves, delicados.

No pude descargar el golpe sobre el anillo, cortar uno de esos miembros equivalía a desollarme poco a poco con el filo del hacha. "¡Rómpelo! ¡Almenara te perseguirá a donde quiera que vayas. ¡Rompe su anillo o rompe el tuyo". "¿Mi anillo? Yo nunca he tenido un anillo de matrimonio", pero miré uno de mis dedos y ahí estaba el aro. Traté de sacarlo. La mano de Almenara, liberada, empezó a llamear. No salía mi anillo. Los gritos de la cazadora retumbaban. La mano llameante se levantó en el aire y me señaló a mí con un dedo de fuego. "Cortaré el anillo en mi dedo, no importa que me arranque un miembro". Pero ahora tampoco pude descargar el hacha, no por miedo al dolor, sino por la nostalgia que me daba la joya. Sin ella era posible que Almenara me perdiera el rastro para siempre. "Unidos para siempre", repitió el sacerdote. ¿Cómo iba a borrar el único camino que tenía Almenara para llegar a mí? Solté el hacha y me quedé a los pies de Meiga Menciñeiro. "Usted cuídeme", le dije. "No puedo, un poder mágico te une a ella. Tú eres el único que puede romper el hechizo". "Si, arrancándome una parte de mi carne y de mi sangre, pues el anillo no quiere salir del dedo". "Así es". La mano de Almenara volaba en el refugio, veía yo cómo

su piel rosa sufría igual que una espalda blanca puesta bajo el sol y la sal de los mares. Cuántos deseos de besarla. La perseguí, iba hacia fuera, salió, pero una hilera de andrajos y de garabatos, formados como un ejército nazi, me detuvo. Intenté trasponerlos pero sus fuerzas eran superiores a las mías. "¡Babau, Rial, Eira, Eiriz, Esmorede, Barral, Rodil, Carballosa, ya está ahí! ¡Barcala, Queirón, Vilar, Quemaidelos, garabatos, pinchen el hocico de los perros!", gritó Meiga Menciñeiro.

Levanté la cabeza y vi a la jauría famélica. Un gran caballo cargado de llamas se encabritó. Almenara había regresado, y con un gesto de fuego invocó a su mano la cual volvió a insertarse en el muñón sangrante. Los garabatos rechazaban a los perros hincándoles sus codos, sus dedos, y sus pies hechos de astillas filosas. Almenara volvía a pedirme el beso del descanso eterno. Otra vez sus labios se desgarraban contra la malla de acero. Me lancé hacia el caballo dispuesto a dárselo, pero cuando estaba a unos milímetros de su boca sólo vi los dientes podridos de una calavera. Sentí que me tomaban por los brazos, por la cintura, y me halaban. Los andrajos me habían sacado de la cercanía de las llamas. Me pusieron en el rincón más alejado del refugio.

Desde allí veía al caballo piafar y a la mujer bellísima quemándose. Cualquiera que hubiera sido la causa por la cual yo la abandoné los resultados fueron diabólicos. Jamás tendría descanso ni redención a no ser que besara los inmundos dientes y ardiera junto con ella. Reducidos a cenizas el viento nos reintegraría al todo. Corrí hacia el caballo, fijos los ojos en el pelo rojo de Almenara. Sus labios sonreían tras la malla de púas de acero. Esta vez unas manos blandas, con textura de remiendo, me

sujetaron por los brazos y me impidieron avanzar: eran los andrajos.

Los garabatos habían hecho retroceder a los perros y pinchaban la panza del corcel. Soplaban para avivar las llamas del alma en pena. Almenara gritó y emprendió la huida. Los andrajos me soltaron. Oí sus telas viejas desmadejarse en el suelo. Yo también caí. Los albores del día asomaban tras los árboles. Me sentía con la debilidad y los dolores musculares de quien ha pasado una larga noche de insomnio. Me ardían los ojos y pensaba que había abierto las puertas de una tristeza que jamás me abandonaría.

Meiga Menciñeiro me contemplaba sentada en un taburete. "Sólo vine aquí", le dije, "...en busca de algo más sencillo, leyendas de Galicia parecidas a las que me contó mi abuelo". "Te trajo tu ignorancia. Una ignorancia es anterior a una sabiduría. Cuando adquirimos la sabiduría ya hemos cometido la ignorancia que la precede, entonces tal conocimiento no nos sirve de nada",contestó la vieja. "O sea... ¿Saber que quiero destruirme junto con Almenara no me sirve?" "No, con ese conocimiento sólo has aumentado el peso de tus sufrimientos". "¿Pero qué es ella? ¿Es una leyenda o es alguien que realmente estuvo ligado a mí?" "Una leyenda es el anzuelo dorado de una fuerza superior a nosotros, lo lanza hermoso para que piquemos, luego nos arrastra, nos saca del agua en la que nadábamos, y esa fuerza nos muestra que nuestro pequeño charco era más ficticio que aquello que llamábamos leyenda". "Entonces Almenara siempre me persiguió". "Si, Almenara, siempre te persiguió. Sólo que no sabía dónde estabas. Lanzaba y lanzaba el anzuelo de las leyendas hermosas hasta que picaste y te encontró". "¿Y ahora qué hago?". "Vete, huye, regresa al lugar donde vivías". "No. Quisiera

saber más de esa mujer". "Sólo añadirías lingotes de plomo a tu pesar. Te dije que cuando adquirimos la sabiduría ya hemos cometido la ignorancia que la precede, entonces tal conocimiento no nos sirve de nada". Me quedé callado, viendo al sol subir tras las palmas. Comenzaba el calor, el bullir de insectos, de hormigas y de mosquitos que trabajaban para hacerle la vida difícil a los seres de sangre caliente.

"Debes irte ahora mismo, los andrajos te llevaran hasta el trasto Guranza, él te dejará en el camino que conduce a la ciudad, allí tú sabrás retornar al lugar donde vivías". "Vivía en el extranjero". "Pues allí debes retornar", sentenció Meiga Menciñeiro. "Me iré, sí, me iré, pero en algún momento tuve la esperanza de que usted me enseñaría cosas ocultas". "Nadie, hijo", contestó Meiga con dulzura y tristeza, "...nadie puede enseñar nada a nadie". Golpeó con su gran cayado la tierra y los andrajos Eira y Esmorede me tomaron por los brazos. Sus dedos zurcidos me llevaron fuera de la cueva. Miré el trillo que me trajo hasta allí. La hierba reseca por las pisadas, el vaho de vapor que subía de los arbustos, los cientos de mariposas revoloteando, el escozor de las cortezas de los árboles ante el furioso sol, el sudor de los gajos y las hojas, la somnolencia de las palmas. Constituían un bálsamo que se derramó entre mis neuronas. Los andrajos me empujaron, di los primeros pasos. Muy hondo dentro de mí sabía que no quería marcharme, pero ya no tenía fuerzas para hacer mi voluntad. O tal vez no era voluntad, sino la inercia de un amor que nunca existió en mí, pero cuyo rescoldo ajeno me había cautivado. Las consecuencias que vivía por causa de Almenara, ¿qué las causó? ¿Por qué me contagié de la lepra de un amor que nunca tuve cerca ni recuerdo haber tocado?

Ya nadie podía contestarme. El trillo se había convertido en camino y ni siquiera intenté sacar alguna palabra de las bocas de trapo de Eira y Esmorede, cuyos ojos de botones de abrigo estaban mal cosidos y puestos al revés. Me dejaron con Guranza. Pensé que el trasto me llevaría cerca de algún poblado. Pero me invitó a que descansara en la vieja cama de hierro. Era evidente que a Guranza no le gustaba hacer nada de día. Bajo la luz lo vi mejor. Un gran sapo bípedo, vestido con un hábito negro de fraile. La capucha protegía del sol sus ojos somnolientos. Me senté en la cama y él se metió otra vez al baúl. Al rato roncaba. Miré hacia el fondo de la choza. Estaba lleno de sillas rotas y mesas desvencijadas. Los cachivaches que cobraban vida en las tinieblas y perseguían a los forasteros como yo. Era un riesgo esperar la noche allí. No creo que Guranza me hubiera podido proteger de los cachivaches.

Tomé el camino polvoriento hacia donde yo suponía que estaban las casas que vi al llegar a la zona. Miraba el anillo en mi mano, no creía poder escapar de Almenara. El círculo de oro la llevaría hasta mí aunque me escondiera en el fin del mundo. Intenté quitármelo, pero fue inútil. No podía recordar por qué lo llevaba ni cómo me lo habían puesto, pues era evidente que no correspondía al grosor de mi dedo. Quizás lo fundieron sobre mi miembro con algún método que evitaba la quemadura de la carne. Eso era tonto. Una experiencia tal tenía que haber quedado en mi memoria. Me inquietaban estos pensamientos. Me quitaban el sosiego. Es cierto que antes de aquel viaje mi vida era monótona. Vivía en un celibato sentimental, pues no sentía el menor enternecimiento por las mujeres con las que tenía sexo. Era aburrida mi aridez, pero por lo menos tranquila.

La primera casa estuvo a mi vista. Iba a anochecer. Debía pedir refugio. Era de viejas tablas de palma. Conservaba ese color gris que tienen estos árboles en el tronco reforzado por el polvillo de líquenes azules y hongos que no sabía clasificar. De su interior brotaba el ruido de un metal deslizándose sobre una piedra. Grité. "¡Señor, señora! ¡Oigan! ¡Déjenme entrar! ¡Ábranme la puerta!" Así me desgañité varios minutos. Llegué a pensar que allí no vivía nadie. Pero me desmentía el ruido del metal sobre la piedra. Empujé la puerta y entré a una pequeña sala oscura. Olía a polvo dormido, ese que ya no conoce las voces de los niños y ha olvidado la risa hogareña. Un candil de petróleo arrojaba una luz amarilla y tímida. Tras ella crecía el ruido del metal pasando sobre una piedra, molesto como un mosquito de acero dentro de una arteria, agobiante como los minutos que preceden a una ejecución.

Caminé hasta que la llama del candil casi me quemó. Una cabeza canosa quedó bajo mi barbilla. Alzó la cara. No supe si la barba estaba hecha de cañones blancos muy tupidos o si su piel estaba erizada de huesitos finos como agujas. Tenía los ojos hundidos entre miles de arrugas. "¿Me deja quedarme en su casa?", le pregunté. Cesó el ruido del metal deslizándose sobre la piedra. El viejo colocó su machete en el suelo. "Quédese", me dijo. Volvió el rostro hacia su machete. Al parecer escrutaba una y otra vez la franja brillante del filo. "¿Algún día podré cortar un cabello en el aire con este machete?", se preguntó. Un golpe de viento abrió la puerta de par en par y apagó el candil. "Ahora ya no podré ver el cabello ni cortarlo", se quejó el viejo. "No, pero podría cortar mi dedo anular izquierdo, es más grueso y tal vez lo encuentre en la oscuridad". "Buena idea", contestó el viejo y escuché como alzaba el ins-

trumento. Zumbó cerca de mi cara. Luego detrás de mí. "Oiga, oiga, espere. Espere a que yo me le acerque, y por el tacto podrá encontrar el dedo que le digo", le dije, pero los machetazos seguían en la oscuridad. Lo mismo pegaban contra la madera que contra la tierra, luego fueron ascendiendo hasta que el zumbido se escuchó cerca del techo. ¿En qué se habría subido el viejo aquel? Me senté en el suelo y toque una roca muy porosa. Era blanda. Seguí palpando. Parecía la barba pedregosa del viejo. Luego encontré su cuello. Estaba rebanado. Nunca pensé que se iba a suicidar. Metí mi dedo anular izquierdo en su boca y me lo trozó con sus dientes. Cerró fuertemente las mandíbulas. Luego se puso tieso. El resto del cadáver cayó a la tierra y el machete se clavó a mi lado. Mi muñón sangraba, era como si en el lugar donde estuvo el dedo tuviera una muela podrida y doliente.

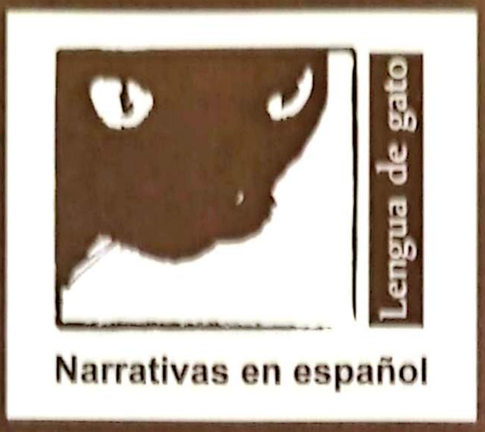
Dormí en aquella choza. Al despertar decidí marcharme, no fuera a ser que me encontraran allí y me acusaran de haber asesinado al viejo. La sangre se había coagulado en mi muñón. Volví a pasar frente a las casas con puertas entrecerradas. Estaban llenas de "buenos días" y de "holas", pero nunca vi a quienes los decían. Ya en la ciudad entré al cuarto de mi abuelo para despedirme de él. Tal vez la aglomeración de objetos que fueron suyos provocaba el pensamiento de que su espíritu continuaba allí. Al salir a la calle con mis maletas noté que me sentía como una botella de vino vacía. No había ninguna ofrenda a los dioses dentro de mí. Me circulaba en todas las venas un aire estéril, donde ni siquiera un murmullo podía escucharse. Así crucé el mar, viajé por el cielo, vi las nubes bajo mis pies, surqué el humo ponzoñoso que cubre y envenena a la Ciudad de México, entré a mi cuarto. El cobertor

de la cama estaba muy frío. Las cortinas no dejaban pasar el atardecer. Me rodeaba un aire color neblina. Tiré la maleta y me acosté. Comencé a pensar en Almenara, en que aquella noche, cuando el anillo le diera santo y seña sólo encontraría la cabeza apestosa de un viejo. Me sentí ruin. ¿Cómo dejarle a una mujer bella el anillo de matrimonio adentro de un espantajo? Deseaba que hubiera otro tiempo, otras circunstancias, en las que yo me encontrara con Almenara y pudiera darle la joya acompañada de besos y caricias. Imaginé que vivíamos juntos y que ella no estaba condenada a aquella terrible cacería nocturna ni yo debía huir para evitar la muerte. Así me dormí. Cerca del amanecer me despertó un golpe en el pecho, la respiración era trabajosa, me dolían todas mis entrañas. Supe que Almenara había encontrado la cabeza hedionda y lloraba mi ausencia. Al amanecer volví a dormirme.

Esta primera edición de
Brujas
de Roger Vilar,
número 23 de la colección *Lengua de gato*,
que consta de 1.000 ejemplares,
se terminó de imprimir en septiembre de 2013
en los talleres de la imprenta 1200+
Andorra 29, Colonia Del Carmen Zacahuitzco
delegación Benito Juárez, C.P. 03540, México. D.F.

La presente edición estuvo al cuidado de
Manuel Pérez-Petit.

LAUS DEO



Colección general de narrativas en español.

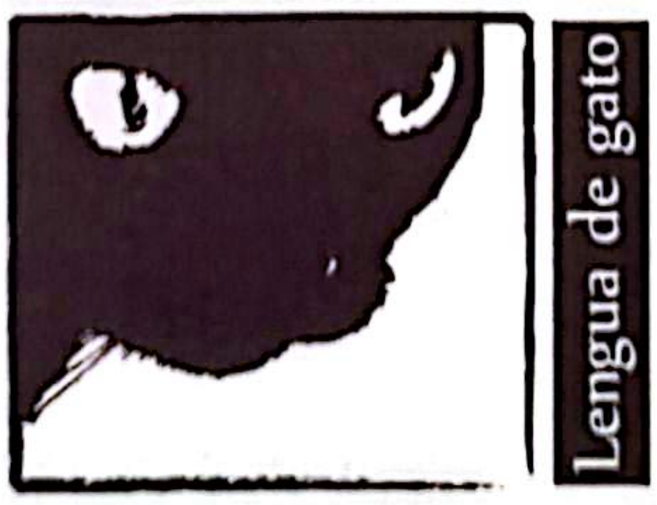
Otros títulos:

9. Sergio Bautista, *Ocumari*
11. Manuel Arduino Pavón, *El estrés de los dragones*
12. Martín Alvarenga, *Cuentos para romper el molde*
13. Genaro López Iniesta, *Descansa en pedazos*
14. Ricardo Stern Warman, *Aquí no se sirve café*
15. Mauricio Rodríguez, *De Obregón... El Recreo*
16. Dorelia Barahona, *De qué manera te olvido*
17. Gustavo Vila, *El baile de las marmotas*
18. Marisa D'Santos, *El canto de la serpiente*
19. Guillermo Fajardo, *Los inocentes también*
20. Ulises Paniagua, *Historias de la ruina*
21. Marisa D'Santos, *Isla de pájaros*
22. Guillermo Mendoza, *El diario del caníbal leproso*
23. Roger Vilar, *Brujas*
24. Rosa Pereda, *La sombra del gudari*

sedientoediciones.com

La superchería y el miedo respiran en este libro como algo vivo. Con un ritmo trepidante y con una prosa contundente, Roger Vilar logra sostener una atmósfera asfixiante. Tanto las truculencias de Henry James como el aura mortuoria de Rulfo viven aquí como una misma tradición. Esto anuncia la llegada de un nuevo y relevante autor en la tradición de lo sobrenatural, pues la construcción total de estos relatos está fundada bajo las leyes del ritmo y de la trama, de la potencia visual y armonía dramática. Estas virtudes no sólo provocan que el terror y el asombro brinquen sino que se saboreen y se toquen en cada una de estas páginas, como si el lector persiguiera y fuera perseguido por una horda de brujas.

EDUARDO MEDINA



Narrativas en español

SEDIENTO EDICIONES

ISBN: 978-607-9201-75-3

9 786079 201500